

## Eugeni, el caminante

Carlo Bonfiglioli Ugolini\*



Conozco a Eugeni desde septiembre de 1982, cuando comenzamos a cursar la carrera de etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Fuimos compañeros de salón de una generación de buenos estudiantes de etnología, participativa, siempre pronta a discutir las lecturas del momento. Los dos éramos los únicos extranjeros en ese salón. Era una época en la que en la ENAH aún imperaba el marxismo académico, sobre todo en etnología (14 cursos de materialismo dialéctico obligatorios, la mitad de los cuales sobre *El capital*). Tuvimos buenos maestros: Gilberto Giménez, Héctor Díaz Polanco, Jesús Jáuregui, José del Val, Guillermo Bonfil, Lina Odena, Alberto Roditi, son algunos de los nombres que vienen a mi mente en este momento. Yo era muy silencioso; evitaba intervenir, por inseguro, en un contexto muy novedoso para mí. Eugeni, en cambio, más que silencioso era pensativo y no se negaba a participar. Cuando lo hacía dejaba transparecer cierto escepticismo con las “verdades científicas” que no entonaban con su manera de ver el mundo. Era —y sigue siendo— un tipo sonriente, muy agradable en el trato, generoso y solidario. Nos hicimos amigos al segundo día. Entre los dos brotó un compañerismo profundo, en esta otra tierra que es México, que me complace recordar aquí porque aún está a la base de nuestro afecto-estima. Hablo de algo que no venía

sólo de la vida académica, sino se retroalimentaba, quizás de una manera aún más importante, de vivencias en un país que no era el nuestro y que nos obligaba a interrogarnos constantemente desde un punto de vista social y personal. Para ambos el “quién soy antropológico” comenzaba y terminaba en nuestras propias vidas y lo compartíamos con la complicidad de quienes no estaban satisfechos con el mundo que habíamos dejado, “del otro lado del charco”.

Contextualizando de otro modo. Con la disolución de los movimientos estudiantiles de los años setentas —ese archipiélago de colectivos e idearios, enfocados todos en la creación de un mundo más justo, un mundo diferente— llegó el vacío, el susto del “ahora qué”. Es una historia que acomunó a una generación; un fracaso del actuar colectivo de cuyas cenizas surgió, entre otras cosas, el campo de las búsquedas personales. Fue por aquella época que *Siddharta* y *Las enseñanzas de Don Juan* comenzaron a convertirse en los libros de cabecera de algunos de nosotros.

Es interesante rescatar esa parte de la narración de Eugeni<sup>1</sup> que nos habla de esos años. Me quedé impactado de cuando, desengañado por la política —su participación en el movimiento trotskista, siempre en contradicción con su corazón anarquista—, anduvo cargando sacos de carbón (livianos, supongo) para repartirlos entre los antiguos mineros de su ciudad, trabajo que relaciono con su humildad, esa virtud que codea con la sencillez, el respeto o, en otro orden de efectos, que te lleva incluso al desapego del mundo material (otra de sus características). Virtud también que en los años de su estancia en Christiania y Londres, se transformó en esa adhesión al budismo que lo acompaña hasta la fecha. Como el mismo nos dice, la lectura de Castaneda lo llevó a México y a Wirikuta, con la ENAH de por medio. Este cambio de horizontes no implicó una ruptura o un alejamiento de lo vivido en Europa en aquellos años, sino una continuidad, una potencialización de esa búsqueda existencial que, al margen de los problemas cotidianos,<sup>2</sup> había asumido la forma de un camino espiritual, de

\* Instituto de Investigaciones Antropológicas- UNAM. Investigador Titular B.  
Correo electrónico: carlobon@unam.mx

<sup>1</sup> Cfr. “Catalunya-México: viaje identitario de ida y vuelta a través de los indios”.

<sup>2</sup> Por ejemplo, aquellos problemas inherentes a cómo ganarse la vida, ya que no contaba con una beca que alivianara este tipo de preocupaciones, o bien,

un conocimiento de sí mismo a través de la experiencia, lo que en antropología se conoce como “aprehensión del yo a través del otro”, y que, en el Eugeni poeta, se percibía a veces como un camino inverso, de disolución en el otro, o en ningún otro (en su vocabulario existencial, lo “cósmico”).

¿Cómo imaginar el mundo —y la propia existencia— desde otro punto de vista (y cómo no morir en el intento)? El dislocamiento a otras tierras y entre otros pueblos, que incluía la experimentación de otros paradigmas cognitivos, fueron la herramienta para emprender este camino, o bien, para multiplicarlos y disolverlos a través de la poesía, su arma interior.

En uno de los textos que conforman este número-homenaje de *Expedicionario*, hay una foto potencialmente engañosa. La imagen retrae a Eugeni junto a un *marakáame* huichol en el desierto de Wirikuta, los dos con atuendo y parafernalia de peregrino. El *híkuri* no aparece en la foto pero, en tanto “planta de poder”, era un protagonista de este escenario. Dije “engañosa” porque, al ver esta foto, uno es llevado a pensar que Eugeni, el antropólogo, quiso devenir “otro” (todo etnógrafo en alguna medida lo intenta). Y sí, puede ser que por un momento lo haya intentado. Pero, de haberlo logrado —no frente a los otros sino a sí mismo—, estoy seguro de que en ese mismo momento se habría distanciado de ese logro, buscando otro camino, otra forma de conocimiento; porque así era el Eugeni que conocí en esa época: una estrella fugaz, que rehusaba cualquier anclaje; un antinarciso que rompía los espejos donde admirarse.

Dice una estrofa de un poema escrito en San Andrés Cohamiata (Sierra Huichola), en 1989 (“Crónica del desierto”, en *El fin del regreso. Autobiografía poética*, México, 2013):

No he estado en realidades aparte  
ni me he tropezado con aliados  
o brujos o benefactores  
ni mescalito ha estado presente en la excursión ritual  
ni tampoco el poder ni tampoco el temor  
como abstracciones propias de alucinaciones.  
No he volado como cuervo  
ni el tonal ni el nagual han existido.  
Mirar y ver no han sido dos.  
Sé dónde he estado  
con quién y cómo  
seres de carne y hueso  
que como yo transitan  
por un camino  
de muchos corazones.

---

a cómo pasar las materias cursadas en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

El interlocutor evidente de estos versos es, claro está, el Don Juan de Castaneda, figura de la que comenzaba a distanciarse.

A finales de 1985 la vida nos llevó por caminos distintos. Yo me fui a trabajar del “otro lado” y de regreso, en 1987, me interné por varios meses en la Sierra Tarahumara. Él continuó a visitar algunas veces más la Sierra Huichola; luego volvió a España y después viajó a la India (1988). A su regreso a México nos reunimos brevemente en la ciudad de Chihuahua, en 1989, como investigadores de la Coordinación Estatal del Instituto Nacional Indigenista (INI), dependencia en la que él estuvo trabajando cinco años como jefe de Área para el Monitoreo del Impacto Social del Programa de Desarrollo Forestal Chihuahua-Durango. Este periodo correspondió al comienzo de una etapa laboral y una vida más estable en la que buena parte de las inquietudes de los años anteriores, tuvieron que dejarse a un lado. Me parece que el título de su tesis de licenciatura (1996), “Indigenismo y cambio socio-cultural en la Tarahumara”, refleja este desplazamiento de intereses. Desde un punto de vista práctico, creo que fue una manera de “matar dos pájaros con un tiro”. Bajo la dirección de Juan Luis Sariago, capitalizó los resultados de su trabajo con el INI con el objetivo, a la vez, de cerrar un ciclo escolar para comenzar otro: la maestría en Antropología Médica en Tarragona. Esto se hizo posible gracias a su ingreso al INAH como investigador y como profesor titular de la Escuela de Antropología e Historia-Universidad Chihuahua, posición que le permitió regresar a temas de investigación de su elección.

Pero fue con su transferencia a la sede nayarita del INAH, en Tepic, que resurgió su interés por el chamanismo o, mejor dicho, por sus derivaciones neochamánicas actuales —un verdadero archipiélago— en algunos lugares del continente. El comienzo fue en Nayarit, claro está, para de ahí viajar hasta la Amazonía peruana; salto que, en el fondo, tuvo a que ver con la importancia de las “plantas de poder”. No es de sorprender, en esta era de globalización y como parte de este movimiento neochamánico,<sup>3</sup> que peyote y ayahuasca protagonicen, alejados de su territorio originario, la ritualidad neochamánica que se lleva a cabo en un pueblo del centro de México que no voy a nombrar, por más conocido que sea; mismo en el que tienen también su lugar, la ibogaine africana y la danza del sol Lakota. Es en este escenario —de “revalorización del mundo indígena, conceptualizándolo como un modelo ideal de vida y de conducta que puede ser imitado por el resto de los grupos o culturas”<sup>4</sup>— que estuvo enfocándose el nuevo proyecto

---

<sup>3</sup> En Europa, producto de una crisis de certidumbres, que se ha repercutido políticamente en varios aspectos de la vida social; y en México, como respuesta a la progresiva occidentalización del país.

<sup>4</sup> Cfr. “Notas etnográficas sobre ‘el camino rojo’ en Nayarit.”



de investigación de Eugeni. Proyecto doctoral que conjugaba abiertamente el camino académico con el camino espiritual con el que había comenzado y con el cual querría cerrar su ciclo mexicano antes de volver definitivamente a España.

Tuve el honor de haber sido invitado por él a formar parte de su Comité Tutorial. Por las lamentables razones que sabemos, el proyecto tuvo que interrumpirse y “el regreso” adelantarse. Pero el ciclo igual se cerró. Y en todo este recorrido, del cual el contenido de este número asume el aspecto de una autoetnografía, creo que Eugeni ha sido muy coherente y honesto consigo mismo, incluso con “las cosas que le tocaba hacer” (vs. aquéllas que elegía hacer).

Concluyo con una justificación. Se habrá percatado el lector de esta nota la ausencia de comentarios sobre el contenido

de la obra de Eugeni, caracterizada por cierta transversalidad temática y cultural. Con mucho menos pericia, también podría haber optado por comentar su ya citada autobiografía poética. De hecho, creo que las cosas más importantes vividas por Eugeni en su relación con los distintos mundos indígenas mexicanos no han salido en sus textos antropológicos, sino en sus poesías, ese espacio de libertad imaginativa, que le ha permitido habitar las contradicciones sin temerlas. Me faltó tiempo para llevar a cabo esta tarea con la seriedad que amerita. Preferí centrarme en la persona. Y ahora que lo hice sé de haber tenido, aunque de manera inconstante, un maestro con muchas virtudes, de quien aprendí menos de lo que habría podido hacer. Así que, gracias, Eugeni, eres de esas personas a las que se le agradece por existir.

Tepozotlán a 21 de febrero de 2024.